Wall Street pierde su inmunidad

PAUL KRUGMAN

A medida que el movimiento Ocupad Wall Street sigue creciendo, la respuesta de los objetivos del movimiento ha cambiado gradualmente: la displicencia despectiva ha sido sustituida por la queja. (Un lector de mi blog propone que empecemos a llamar a nuestra clase dirigente la "quejicocracia"). Los actuales señores de las finanzas observan a los manifestantes y preguntan: ¿no entienden lo que hemos hecho por la economía de EE UU?

La respuesta es: sí, muchos de los manifestantes sí que entienden lo que Wall Street y, de manera más general, la élite económica del país han hecho por nosotros. Y es por eso por lo que protestan.

El pasado sábado, *The New York Times* informaba sobre lo que la gente del sector financiero dice en privado de las protestas. Mi cita favorita proviene de un gestor económico sin nombre que declaraba: "Los servicios financieros son una de las últimas cosas que hacemos en este país y que hacemos bien. Aprovechémosla".

Esto es sumamente injusto para los trabajadores estadounidenses, que son buenos en muchas cosas y podrían ser aún mejores si hiciésemos inversiones apropiadas en educación e infraestructuras. Pero considerando que Estados Unidos se ha quedado rezagado en todo excepto en los servicios financieros, ¿no deberíamos preguntarnos por qué y si es una tendencia que queremos mantener?

Porque la *financialización* de Estados Unidos no ha estado dictada por la mano invisible del mercado. Lo que hizo que el sector financiero creciese mucho más deprisa que el resto de la economía a partir de 1980 aproximadamente fue una serie de decisiones políticas conscientes, en especial un proceso de liberalización que se prolongó hasta justo antes de la crisis de 2008.

No es una coincidencia que la época del sector financiero en constante crecimiento fuese también una época de crecimiento constante de la desigualdad en los ingresos y la riqueza. Wall Street realizó una gran contribución directa a la polarización económica, porque el vertiginoso aumento de los ingresos de las empresas financieras constituía una fracción considerable de la parte creciente del 1% superior (y del 0,1% superior, que representa la mayor parte de las ganancias del 1% superior) de los ingresos del país. A grandes rasgos, las mismas fuerzas políticas que impulsaron la liberalización financiera fomentaron la desigualdad generalizada de diversas maneras: minando la organización sindical, librándose de la "restricción de la indignación" que antes limitaba las nóminas de los ejecutivos, etcétera.



El actor Mark Ruffalo arenga a los manifestantes de Wall Street. / Mary Altaffer (Ap)

Ah, y los impuestos de los ricos se redujeron drásticamente, por supuesto.

Se suponía que todo esto estaba justificado por los resultados: las nóminas de los magos de Wall Street eran apropiadas, nos decían, por las cosas maravillosas que hacían. Sin embargo, por alguna razón esas maravillas no lograban impregnar al resto del país (y esto era así incluso antes de la crisis). Los ingresos familiares medios, ajustados respecto a la inflación, solo crecieron alrededor de un quinto entre 1980 y 2007, tal como sucedió en la generación posterior a la Segunda Guerra Mundial, aun cuando la economía de la posguerra estuvo marcada por una estricta regulación financiera y por unos tipos de interés para los ricos mucho más altos que todo lo que actualmente se baraja en el debate político.

Luego llegó la crisis, que demostró que todas esas afirmaciones sobre el modo en que las finanzas modernas habían reducido el riesgo y hecho el sistema más estable eran un completo sinsentido. Los rescates gubernamentales fueron los que nos salvaron de una debacle económica tan mala o peor que la que dio lugar a la Gran Depresión.

¿Y qué hay de la situación actual? Las nóminas de Wall Street se han recuperado aun cuando los trabajadores corrientes siguen padeciendo el elevado paro y la reducción de los salarios reales. Pero es más difícil que nunca vislumbrar lo que están haciendo los financieros para ganarse ese dinero, si es que están haciendo algo.

¿Por qué, entonces, Wall Street espera que alguien se tome en serio sus quejas? Ese gestor económico que afirmaba que las finanzas son lo único que Estados Unidos hace bien también se quejaba de que los dos senadores demócratas de Nueva York no estén de su parte, y declaraba: "Tienen que comprender quién es su electorado". En realidad, seguramente saben muy bien quién es su electorado (y hasta en Nueva York, 16 de cada 17 trabajadores pertenecen a sectores distintos del financiero).

Pero él no hablaba realmente de votantes, claro está. Hablaba de la única cosa que Wall Street sigue poseyendo en abundancia gracias a esos rescates, a pesar de su absoluta falta de credibilidad: el dinero.

El dinero habla en la política estadounidense, y lo que el dinero del sector financiero ha estado diciendo últimamente es que castigará a cualquier político que se atreva a criticar el comportamiento de ese sector, por muy delicadamente que lo haga (como ha quedado demostrado por la forma en que el dinero de Wall Street ha abandonado ahora al presidente Barack Obama a favor de Mitt Romney). Y esto explica la sorpresa del sector ante los últimos acontecimientos.

El dinero de la industria financiera castigará a cualquier político que se atreva a criticar al sector

Ya ven, hasta hace unas pocas semanas era como si Wall Street hubiese conseguido sobornar e intimidar a nuestro sistema político para que olvidase toda esa historia de que se embolsaba unas suculentas nóminas mientras destruía la economía mundial. Entonces, de repente, algunas personas insistieron en volver a sacar a colación el asunto.

Y millones de estadounidenses se han hecho eco de su indignación. No es de extrañar que Wall Street se queje. ■

Paul Krugman es profesor de Economía en Princeton y premio Nobel 2008.

© New York Times Service 2011. Traducción de News Clips.

'Next billion'

ÁLVARO MARTÍN ENRÍQUEZ

Con la incertidumbre todavía rondando los mercados europeos y el estadounidense, de vez en cuando resulta saludable echar un vistazo a la trayectoria reciente de los mercados emergentes. En líneas generales, el impacto de la crisis en estos países ha sido menor y la recuperación está siendo más sencilla. Parte del éxito viene, sin duda, por la pujanza de las exportaciones, pero no es menos cierto que hay un mercado interno que se desarrolla rápidamente.

Esta semana se publicaba el hito simbólico de que la población de la Tierra alcanzará en 2011 la mareante cifra de 7.000 millones de personas. La inmensa mayoría de ellas vive en países emergentes o en vías de desarrollo, en los que la desigualdad social ha sido una constante en el último siglo. La superación de la pobreza y la paulatina incorporación a la sociedad de consumo son la principal vía por la que está creciendo la demanda interna, el *next billion* (próximo millardo) al que deberán dirigirse las empresas. Solo en Brasil, la clase media aumentó un 30% en los ocho años de Gobierno de Lula da Silva y, en la actualidad, el 52% de la población brasileña entra dentro de esta categoría.

La demanda creciente en países emergentes supone toda una oportunidad (y un reto) para las empresas españolas, que se ven abocadas a la internacionalización ante la reducción drástica de su mercado doméstico. Sin embargo, la nueva clase media no dispone del mismo poder adquisitivo ni de los mismos patrones culturales y de comportamiento que la clase media más acomodada, por lo que las estrategias de comercialización deberán especializarse para comprender a este nuevo público. Por otro lado, los distintos mecanismos públicos de apoyo a la internacionalización deberán adaptarse a este contexto, ofreciendo herramientas prácticas para quienes se embarcan en esta aventura por primera vez.

El panorama parece bastante alentador, pero no podemos obviar que la erradicación de la pobreza y la creación de una clase media mayoritaria no se consiguen de manera espontánea. Entre los mecanismos que pueden contribuir a este proceso, las microfinanzas son uno de los más destacados y, además, han tomado un giro interesante en los últimos años. Por un lado, se está avanzando en la formalización de las entidades microfinancieras y en la mejora de su gestión; por otro, la banca comercial en países emergentes está optando por estrategias de *downscaling* para atender a la población con bajos ingresos. El resultado de esta combinación de factores es una mayor oferta y una mejora de la eficiencia que repercute positivamente en los clientes.

Las microfinanzas pueden ayudar a erradicar la pobreza y alentar la clase media en los emergentes

En las próximas semanas (del 14 al 17 de noviembre, para ser exactos) se celebrará en Valladolid la V Cumbre Mundial del Microcrédito, en la que tendremos una oportunidad inigualable de conocer de primera mano el impacto de este instrumento y, especialmente, el papel destacado de España a través del Fondo de Concesión de Microcréditos (ahora incorporado al Fondo para la Promoción del Desarrollo-Fonprode). Los avances en la inclusión financiera sentarán las bases para conseguir el desarrollo socioeconómico de las mayorías y, con él, la recuperación del crecimiento económico. ■

Álvaro Martín Enríquez es profesor de la Escuela de Finanzas Aplicadas (Afi).